

LA TRAGEDIA DE POLONIA

Hay naciones que traen a la Historia un triste destino. Mientras algunas surcan los tiempos con apacible bonanza y otras, tras largas tempestades y algunos naufragios, anclan en el puerto, no faltan pueblos que, zarandeados por los aletazos del huracán y embestidos por furiosos oleajes, siguen naufragio tras naufragio, sin conseguir avistar en el lejano horizonte ni cielos más benignos ni mares más tranquilos ni puertos de acogedora calma. Entre esos pueblos ocupa puesto de indisputada primacía, el noble pueblo polaco.

Polonia mártir. Ese título se le ha dado al pueblo de Polonia. Y es que apenas se retiran unos verdugos, consumado su atropello e injusticia, se presentan otros con clavos más puntiagudos y garfios más desgarradores. Son verdugos de refresco.

Nosotros, la generación de este siglo, hemos visto a Polonia rompiendo con energía las cadenas de esclavitud, forjadas por tres colosos y, apenas nacida a la vida, sucumbir brutalmente entre las garras del águila nazi y las zarpas del oso comunista; agitar violentamente su cabeza ensangrentada como su suprema convulsión de defensa vital para caer otra vez en un agotamiento pre-nuncio de fatal agonía. No pretendo hacer la historia de esa querida y noble nación. Pero sí quiero destacar un hecho que la persigue como una sombra fatal.

Los repartos. Tras una vida brillante y sumamente agitada, cae Polonia como botín de presa entre las naciones que la rodean. El 5 de agosto de 1772 perdió la Galitzia Oriental, el antiguo territo-

rio lituano y la Prusia Occidental en manos de Austria, Rusia y Prusia. Así mediante este despojo, Polonia quedaba reducida a un quinto de su población y un cuarto de su territorio.

No se sació el hambre de los saqueadores con tan opíparo convite. Tras manejos inconcebibles, donde la mentira y el terror jugaron papel preponderante, a las tres de la madrugada del 23 de Setiembre de 1793 se firmó otro tratado que, para los patriotas polacos, no era más que un pacto de esclavitud. Prusia ocupó la Gran Polonia y Rusia las provincias orientales desde Livonia hasta Moldavia. Así quedaba reducida la víctima a un tercio de sus originales dimensiones y a una población de 3.500.000 de habitantes.

Pero la insaciable voracidad de los saqueadores no se sentía satisfecha. En vano Kosciuzko, Kollontag y Potocki pusieron al servicio de su patria desbaratada, todo el entusiasmo de su corazón y la sangre generosa de sus venas. Tras gloriosas victorias al fin sucumbieron a la fuerza bruta de sus adversarios. Prusia arancó la Podlaquia y Mazovia con Warsovia; Austria se llevó la pequeña Polonia con Cracovia; Rusia se adueñó de Lituania. En Enero de 1796 se ejecuta el tratado de 1795 quedando borrado del mapa de Europa el reino de Polonia que, sólo después de un siglo, había de reaparecer entre torrentes de sangre.

Resurrección y muerte. El tratado de Versalles (28 de Junio de 1919) reconoció el nuevo Estado de Polonia que se había declarado independiente. Las estadísticas de 1931 daban a esta nación

una población de 31.927.773 regada en una superficie de 388.390 kilómetros cuadrados.

Apenas había gozado del sueño de libertad por veinte años, cuando los tradicionales enemigos; de nuevo se preparaban para el inicuo despojo. Invadida por Alemania el 19 de setiembre de 1939 sucumbió rápidamente al poderío nazi y a la puñalada traidora que le asestó de nuevo la pérfida y comunista Rusia. Entre Hitler y Stalin, dictadores omnímodos de dos estados totalitarios, se repartieron la patria de Kosciusko, quedándose Alemania con 22.500.000 habitantes y Rusia con 12.775.000. Terminada esta guerra, la situación de Polonia es caótica y sombría tal vez más que nunca en su historia.

Polonia y el Catolicismo. Quien lea la historia de Polonia, pronto echará de ver que su vida está animada por el espíritu cristiano más intenso. Cuando el Duque Miecslao, casado con Dobrawa, hija de Boleslao I de Bohemia, se convirtió al Cristianismo y se hizo bautizar en 966, gran número de súbditos siguieron su ejemplo. Más tarde monjes benedictinos y camaldulenses se propagaron por Polonia; el año 1.000 se erige el arzobispado de Gnesen y luego el cristianismo llega a formar parte del espíritu nacional. En los claustros benedictinos, en los palacios de los reyes y nobles, en los pueblos y aldeas, brota la santidad. San Otto, Obispo de Bamberg, San Casimiro rey, San Wlodimiro, San Jacinto, San Josafat, San Andrés Bobola, San Estanislao de Kostka... son unas cuantas flores de ese frondoso jardín.

Una de las notas más simpáticas de su espíritu religioso ha sido la devoción a la Virgen. Sus héroes la bordaron en las banderas, sus hijos la han invocado siempre con fervor y en sus desastres máximos siempre ha brillado la reina de Czestochowa como la estrella de la dulce esperanza.

Rudas luchas ha tenido que sostener Polonia para defender su fe cristiana; ha sido asaltada ferozmente por sus tradicionales enemigos. A pesar de todo se ha mantenido fuerte como lo demuestran estos recientes datos:

Católicos	20.760.100	o sea el 64,8%
Católicos Griegos	3.336.200	o sea el 10,4%
Ortodoxos	3.762.500	o sea el 11,8%
Judíos	3.113.900	o sea el 9,8%
Protestantes	835.200	o sea el 2,6%
Otras religiones	197.900	o sea el 0,6%

Ciencia y arte. A pesar de las circunstancias terribles en que ha vivido, prohibida la lengua nativa, siempre sometido a la opresión y siempre casi asfixiadas sus ansias de cultura y belleza, ha sido notable el contingente de sus hijos que desfilan coronados por el templo de la ciencia y las artes. Un artículo como el presente no tolera sino la escueta enumeración de unos cuantos representantes. En el siglo XVI es cuando rompe la literatura polaca en una espléndida floración. El humanista Martín Kromer escribió una preciosa "Historia de Polonia"; el genio político mayor de Polonia, Andrés Frycz-Morzwski estampó sus profundos pensamientos sociales en su obra "De república emendanda" (1551) y no sin razón se llamó el "Horario Cristiano" al jesuita Mateo Sarbiewski, por sus admirables odas latinas.

En el manejo de la lengua materna sobresalen el poeta Kochanowski, sobre todo en sus poesías elegíacas; el jesuita Skarga, con un oratorio varonil, densa y arrebatadora. "Al hablar de las fallas del carácter nacional polaco y al predecir el derrumbe del Estado, admite la comparación con los profetas del Antiguo Testamento".

Más cerca de nosotros en el siglo XIX no puede menos de citarse al genial poeta Michiewicz y, por más conocido en el mundo latino a Sienkiewicz, cuyo "QUO VADIS" siempre se lee con profundo interés y creciente agrado. En la generación presente Przybyszewski, Wyspianski, Kasproicz, Zeromski, Reimont (Premio Nobel de Literatura 1924) y la poetisa Illakowicz... son unos nombres nada más en la legión que ha cultivado con éxito la literatura.

En otras manifestaciones del saber Polonia presenta nombres que, saltando las fronteras de su patria, se han convertido en figuras internacionales. Copérnico, cuyo centenario (1943) conmemoró SIC, es verdadero genio en las ciencias astronómicas. Chopin no necesita de presentación para ningún amante de la música. Paderewski, antes de ponerse al frente del nuevo gobierno polaco (1919) era mundialmente conocido como pianista genial en todas las gran-

des capitales del mundo. Rubinstein Arturo, mago del piano y otros muchos artistas del primer orden.

Madame Curie, antes de casarse con Pedro Curie era Marja Sklodowski. El radium con su descubrimiento y aplicaciones es el monumento admirable que estos esposos han levantado en el templo de la ciencia. La Historia, Matemáticas, escultura, pintura, presentan obras maestras consideradas por los especialistas como perfectos modelos.

Situación actual. Las garras le han sido arrancadas al águila nazi; por este lado Polonia podría respirar tranquila. Pero en cambio las zarpas del oso moscovita han quedado más agudas que nunca y su sed de conquista es insaciable. Nadie sabe lo que pasa en el noble pueblo polaco. Sólo cabe decir que ha sido brutalmente atropellado por el pueblo alemán y que es actualmente cruelmente vejado por el imperio ruso.

Peligra la independencia polaca.

Peligra la catolicidad polaca.

Peligra el pueblo polaco... Esa es la verdad, por más que la insidiosa política rusa aparente cosa contraria.

Y es bien extraño que, ante la catástrofe de Polonia, la Prensa que tiene a veces una epidermis tan sensible hasta para los menores atropellos, no sienta la menor impresión ante el martirio de toda una nación. ¿Será porque reconocen a Rusia el derecho de ser vedado a su capricho y conveniencia? De ser así la situación del mundo sería desastrosa.

En muchas partes se ha lanzado la voz de hombres prominentes para declarar que la guerra no ha terminado y que entre los pueblos vencedores hay un pueblo que en justicia debería coronarse de laurel y aparecer coronado de espinas. Una injusticia tan monstruosa no puede ni debe tolerarse en la familia humana. Decía recientemente el Cardinal Spellman, Arzobispo de Nueva York: "Los corazones de la nación americana están al lado de Polonia, la que es no sólo una gran nación, sino también un profundo símbolo. Si Polonia crucificada no resurge, no resurgirá tampoco el mundo civilizado".

Nadie dejará de dar el debido alcan-

ce a estas palabras por la autoridad del que las pronuncia pero aún es más significativo el documento que los Obispos norteamericanos publicaron al clausurar sus sesiones.

"La Jerarquía americana siente una particular inquietud a causa del inseguro porvenir de la religión en Polonia, en los países bálticos y en otros estados católicos vecinos... Las circunstancias exigen que la Jerarquía sienta el más grande temor por el futuro de una Polonia católica libre. Poderosos tiranos han sojuzgado a Polonia. Pero ella no ha cesado jamás de verter su sangre en defensa de la Santa Causa de la Libertad y de la Fe, nunca ha perdido su espíritu ni sus creencias se han debilitado. Los inhumanos y crueles agresores la atormentan hoy de la más bárbara manera. El cumplimiento de los deberes religiosos es prohibido a todos los polacos y es con frecuencia absolutamente el practicarlos... Los católicos norteamericanos no podrían nunca dolerse bastante, si su país fuera forzado a tomar parte en la descristianización de las naciones católicas históricas".

De creer es que tamaña injusticia no vaya a tomar carta de ciudadanía en las relaciones internacionales. La misma monstruosidad del atropello da lugar a la esperanza. Repetiremos con el Rector de la Universidad Católica de Chile: "Habrá justicia para Polonia". La esperanza de la sabiduría de los gobernantes. Y esperamos sobre todo en la Providencia divina; porque la voz de la sangre clama y sube al cielo, como la sangre de Abel el justo, desde ese calvario de la tierra polaca, donde no han cesado de correr las lágrimas de las mujeres y la sangre de centenares de millares de sus mejores hijos; donde por miles han sido inmolados como víctimas sus admirables sacerdotes, víctimas doblemente sagradas por ser sacerdotes y por ser patriotas y donde su pueblo entero ha sufrido "mil muertes antes de la muerte", en estos cinco últimos años, como antes en sus largos cautiverios de los siglos XVIII y XIX".

Surja el Estado de Polonia, triunfante y glorioso. Lo reclama la justicia, lo necesita la humanidad.

Victor Iriarte